

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 114

CAJAMARCA

Gloria e infamia de Pizarro

Claude Demarigny

Partitura para teatro

que consta de cuatro partes tituladas respectivamente

Así pasó la historia

Sonata para Atahualpa

El sueño de Filipillo

Por un millón veintiséis mil quinientos pesos de oro

Personajes: puede haber cuatro personajes o cuatro actores que se identifiquen por momento con el Padre Valverde - el Inca Atahualpa - el conquistador Pizarro - el intérprete Filipillo (*Filipillo para los indios y Felipillo para los españoles*).

En los momentos en que no se identifican con su personaje, los actores pasan a ser el CORO que va comentando los acontecimientos, o su mismo personaje tal como aparece en el sueño del otro.

Es que la obra consta de tres sueños o mejor dicho tres pesadillas:

- la de Atahualpa que trata de entender lo que le ha pasado, por qué está vencido, quién es esa gente extraña, qué puede intentar todavía, etc...
- -la de Filipillo que sueña con mejorar su estado social con los españoles y descubre la perversidad de la Historia
- y la de Pizarro que descubre el regicidio y culturicidio que llevan su nombre y sueña demasiado tarde con rehacer la historia, de allí la idea del suplicio de Pizarro, condenado a matar eternamente los gallinazos que procuran comer el cuerpo de Atahualpa, es decir el mismo Tahuantinsuyo, el Imperio de los Incas, esta misma América que no se cansa de intentar reencontrarse...

Claro que el autor tiene su idea sobre la puesta en escena y la escenografía.

Pero no la impone a nadie.

El espectáculo está en lo que sugiere el texto a quien lo lee.

ASI PASO LA HISTORIA

Cuando Atahualpa, rodeado de miles de indios, vio que ningún español salía a recibirle,

Dijo: "....."

Lo que, según los cronistas, quería decir:

- ¿Qué es destos de las barbas?
- o - ¿Dónde están estos cristianos que no parecen?
- o- ¿Dónde están estos?

A lo cual, contestó algún señor que lo acompañaba:

""

Lo que, según los cronistas, quería decir:

- Estarán escondidos.
- Están escondidos del miedo.
- Viendo la indignación de Atahualpa, Pizarro le envió al Padre Valverde con el intérprete Filipillo o Felipillo o Martinillo u otro.
- ...salió el Padre Vicente de Valverde, de la Orden de Predicadores, que después fue Obispo de aquella tierra, con la Biblia en la mano y con él una lengua...
- o Fray Vicente, (acompañado por un faraute) fue con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra".

(O sea que tuvo que volver para coger la cruz que se había olvidado en la primera versión)...

Lo que sigue es de gran importancia. Son las palabras definitivas que cruzaron Valverde y Atahualpa.

PRIMERA VERSION

VALVERDE: El gobernador te está esperando para cenar y te ruega que vayas, porque no cenará sin ti.

ATAHUALPA: Habéisme robado la tierra por donde habéis venido y ahora éstame esperando para cenar. No he de pasar de aquí si no me traéis todo el oro y plata y esclavos y ropa que me traéis y no lo trayendo téngeos de matar a todos".

0 - Yo no pasaré de aquí hasta que déis todo lo que habéis tomado en mi tierra, que yo bien sé quien sois vosotros y en qué andais.

VALVERDE: Mira, Atabalica, que no manda Dios eso, sino que nos amemos a nosotros.

ATAHUALPA: ¿Quién ese Dios?

VALVERDE: El que te hizo a ti y a nosotros. Y esto que te digo lo dijo aquí escrito en este libro.

- Le pidió Atabalica el libro y el fraile se lo dio. Y como Atabalica vio el libro, se admiró más de la escritura que de lo escrito, ARROJOLO por ahí BURLANDO DEL FRAILE".

SEGUNDA VERSION

VALVERDE: ...Yo soy sacerdote de Dios y enseño a los cristianos las cosas de Dios y asimismo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló que está en este libro: y por lo tanto, de parte de Dios, te ruego que seas su amigo porque así lo quiere Dios y venirte ha bien dello y ve a hablar con el Gobernador que te está esperando.

- Atahualpa pide a Valverde que le dé el libro.

- Valverde se lo da cerrado.

- Atahualpa no consigue abrirlo.

- Valverde extiende el brazo para ayudarle.

- Atahualpa con gran desdén le dio un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese, "no se maravilla de las letras ni del papel".

- Lo arroja a cinco o seis pasos de sí, "con mucha ira y el rostro encarnizado".

-y dice:

ATAHUALPA: Decid a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra... Bien sé lo que habéis hecho por ese camino, como habéis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.

VALVERDE: Los cristianos no han hecho esto; que unos Indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador y él la mandó volver.

ATAHUALPA: Decid a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra...

ECO: No partiré de aquí hasta que todo me la traigan...

TERCERA VERSION (Según Montaigne)

VALVERDE: Somos gente apacible que llega de lejanos viajes, enviada por el rey de Castilla, el mayor príncipe de la tierra habitable, a quien el Papa, representante de Dios en la tierra, ha hecho príncipe de todas las tierras. Si queréis pagarle tributo, os ha de venir bien de ello.

ATAHUALPA: En cuanto a apacibles, si lo sois no se os ve. En cuanto a vuestro rey, si pide, es que está en la escasez y necesidad y el que le ha hecho semejante reparto, debe ser hombre dado a la discordia para dar a terceros cosas que no son suyas. Así que daos prisa en salir de estas tierras... sino haremos con vosotros lo que hemos hecho con aquellos otros cuyas cabezas estáis viendo.

FINAL

ATAHUALPA: Decid a éstos que vengan acá. No pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra...

-No partiré de aquí hasta que me traigan toda la ropa...

Los he de matar a todos. . . Tengoos de matar a todos, de matar a todos, a todos...

(Dirigiéndose a los suyos): ¡Ea! No escape ninguno.

LOS INDIOS: ¡Oh Inga! ¡Oh Inga!

En esto Valverde tomó su libro y volvió donde estaba Pizarro "llorando y llamando a Dios".

VALVERDE: ¿Qué hace usted? La cosa no está en tiempo de esperar más.

ATAHUALPA: Téngoos de matar a todos... ¡Ea! No escape ninguno.

INDIOS: ¡Oh Inga! ¡Oh Inga!

VALVERDE: ¿Qué hace Vuestra Merced? .. que Atahualpa está hecho un Lucifer.

ATAHUALPA: No partiré de aquí... ¡Téngoos de matar a todos!... ¡Ea! ¡No escape ninguno!

INDIOS: ¡Oh Inga! ¡Oh Inga!

VALVERDE: ¿No veis lo que pasa? ¿Para que estáis en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de Indios... Salid a él, que yo os absuelvo. Salid a él, que yo os absuelvo. Salid a él, que yo os absuelvo. Yo os absuelvo.

INCA: Ea ¡No escape ninguno!

INDIOS: ¡Oh Inga!...

PIZARRO: ¡Santiago! ¡A ellos!

INDIOS: ¡Oh Inga!

PIZARRO: ¡Santiago, y cierra España!

INDIOS: ¡Oh Inga!

PIZARRO: ¡Santiago, Santiago, Santiago a ellos!

- Retumbaron dos cañonazos, que se repitieron de vez en cuando. Tocarón las trompetas Sonaron centenares de disparos, breves, aislados, sin enlace, pero numerosos y que procedían de todas partes. Repicaron las herraduras de los sesenta caballos y cencerraron los cascabeles de las monturas. Y también se oyeron aquellas voces del jinete que anima a la cabalgadura y se anima a sí mismo. Se oyeron voces de hombres afanados en matar y voces de hombres que se negaban a morir. Pero, ¿qué voces dieron los Indios al morir? Y ¡aquel sonido apagado de las espadas en los cuerpos y de los cuerpos en el suelo!...

- "Pizarro llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba... y sin temor, le echó mano del brazo izquierdo... y, por defenderle, fue herido de una pequeña herida en la mano.

- Cosa fue maravillosa ver preso en tan breve tiempo a tan gran señor que tan poderoso venía...

- ...Atabalipa preso, le gente puesta en huída... aunque no podrían huir del tropel... arrimáronse dos o tres mil dellos a un lienzo de pared, y dieron con él a tierra... y así tuvieron campo abierto para huír...

- Todos los que tenían las andas de Atahualpa, pareció ser hombres principales, los cuales todos murieron, y también, los que venían en las literas y hamacas, murió también el cacique, Señor de Cajamarca. Otros capitanes murieron que por ser gran número, no se hace caso del ellos.

- Matáronse muchos indios, confesado por boca de Atahualpa que le habían muerto siete mil indios.

- Es opinión de algunos que han visto gente en campo que había más de cuarenta mil indios. En la Plaza quedaron muertos dos mil sin los heridos.

- En todo esto, no alzó Indio armas contra español porque fue tanto el espanto que tuvieron de ver el Gobernador entre ellos y soltar de improviso la artillería y entrar los caballos a tropel, como era cosa

que nunca habían visto, que con gran turbación, procuraban más huir por salvar la vida que de hacer guerra.

- Había dos horas de sol, duró la batalla dos horas.

- El Gobernador preguntó si venían todos buenos.

Su capitán general respondió que sólo un caballo tenía una pequeña herida.

- Eramos cientos sesenta y ellos más de cuarenta mil. Quedaron muertos dos mil sin los heridos...

Les hemos muerto siete mil Indios... Todos los señores murieron. Todos los capitanes murieron y que por ser gran número no se hace caso de ellos... y nosotros veníamos todos buenos. Solo un caballo tenía una pequeña herida...

PIZARRO: Doy gracias a Dios por tan gran milagro como en este día por nosotros ha hecho. Doy gracias a Dios por tan gran milagro como en este día por nosotros ha hecho. Doy gracias a Dios por tan gran milagro

como en ese día por nosotros ha hecho.

- Por cierto fue permisión de Dios y gran acertamiento guiado por su mano. Por cierto fue permisión de Dios...

- Plega a Dios por su misericordia, que, pues, tiene por bien de nos hacer tantas mercedes, nos de gracia para hacer tales obras que alcancemos su Santo Reino.

TODOS: Plega a Dios, por su Misericordia que alcancemos su Santo Reino.
 - Algunos fueron de opinión que matasen todos los hombres de guerra o les cortasen la mano. El gobernador no lo consintió, diciendo:

PIZARRO: Grande es el poder de Atabalipa que puede recoger gran número de gente, pero mucho sin comparación es mayor el poder de Dios, Nuestro Señor, que por su infinita bondad, ayuda a los suyos. Tened por cierto que el que nos ha librado del peligro del día pasado nos libraré de ahí en adelante. Pues son buenas las intenciones de los cristianos de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios y al conocimiento de su Santa Fe católica. Demos gracias a Dios.

TODOS: Doy gracias a Dios por tan gran milagro como en este día por nosotros ha hecho.

- En esto se acercó a Pizarro el capitán que allanó el campo y tiendas de Atahualpa y traía hombres mujeres, ovejas, oro, plata y ropa. En esta cabalgadura hubo ochenta mil pesos de oro y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas. El oro y la plata, en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braceros y copones grandes y otras piezas.

ATAHUALPA: Son piezas de mi servicio y los Indios que han huido se han llevado otra mucha cantidad.

PIZARRO: ¿Y qué tanto darías para tu rescate?

ATAHUALPA: Si me prometes la libertad y el reponerme sobre el trono, les daré tantas piezas labradas de oro y plata sean necesarias para cubrir enteramente el pavimento de esta sala en que estoy preso.

CORO: Al oírlo torcieron algunos el rostro como incrédulos de que pudiese dar tanto tesoro. Advitiolo, el Inca y dijo:

ATAHUALPA: No sólo puedo dar aquello sino tanto más cuanto baste para llenar esta sala hasta la altura que alcanzo a señalar con el brazo.

CORO : Allí se pintó una raya blanca.

PIZARRO: Si haces lo que dices, no sólo te daremos la vida sino que te dejaremos ir a tu tierra en paz.

ATAHUALPA: Pues si esto hacéis yo daré un palmo más de lo que dije.

CORO : La casa sería de largo de veinte pies, tenía quince de ancho.

ATAHUALPA , dirigiéndose a Filipillo: Dile a estos cristianos que si no me matan, darles he esta casa en que estamos de oro. Esta casa en que estamos de oro.... Esta casa de oro.

PIZARRO: ¿En qué término cumplirás ?

ATAHUALPA: Dentro de dos meses.

POLÍLOGO

- ¿Crees que Atahualpa cumplirá?

- Creo que sí.

- Yo creo que no.

- Le sobra oro para cumplir.

- ... y es gran señor y hombre de honor...

- ... si fuera hombre de honor no lucharía contra su hermano....

- ... y no tendrá oro suficiente para llenar una pieza de este tamaño...

- ... yo digo que sí tiene.

- ... entonces matarlo e ir por el oro sin esperar que lo traiga.

- Pizarro ha dado su palabra de dejarle con vida.

- No hay palabra entre moros.

- No es moro.

- Pero es bárbaro.

- No ha de cumplir.

- ¿Y si cumple?

- El Gobernador verá lo que hace.

- Tendrá que perdonarle la vida.

- Yo digo: veremos. Puede comprometerse mientras llega el oro...

- ... puede mandarnos espías con los que traerán el oro...

- ... Claro. ¡Esto es pura celada! Nos tiene embelesados, mirando el oro que entra, y mientras tanto, está haciendo gente...

- ... y estos cerros se llenan de Indios que bajarán a matarnos cuando entre el último cántaro de oro...

- ... Nos llegarán refuerzos de hombres, caballos y artillería...

- ... ¡Vaya refuerzos! 300 o 400 hombres contra 40.000 Indios que ya saben cómo combatimos. Y nosotros metidos en lo hondo de estos cerros.

- Si cumple hay que perdonarle la vida.

- Si Dios está con nosotros, ¿cómo quieres matar a un soberano cautivo?

- Esto corre a cuenta de los curas...

- ¡Vaya conquista!

- Verás que Atahualpa se comprometerá. No te digo más.

SONATA PARA ATAHUALPA

¿Por qué? ¿por qué,

Atahualpa?

¿Por qué arrojaste el libro?

¿Por qué con tanto furor?

¿Por qué con tanta saña?

¿No viste que era sagrado?

Todo lo desconocido, es sagrado

Atahualpa.

¿Qué has hecho?

Ahora estás en tu jaula dorada.

La soldadesca te mira,

cual un animal salvaje.

¿Qué come? ¿Qué bebe?

¿Por qué viste así

¿Será que pude pensar como nosotros?

¿Y cómo piensa la soldadesca?

La soldadesca no piensa, Atahualpa,
no piensa pero civiliza.

Ya la historia le ha dado su venia.

Tu serás el bárbaro, Atahualpa.

Les ganaste al ajedrez,
no te dan miedo sus caballos,
ni las espadas, ni los cañones.

Todo esto no tiene misterio,
bien lo has entendido.

Pero el libro...

El maldito, el bendito libro...

¿qué querrán decir aquellos signos todos?

Esto, Atahualpa, no lo has entendido.

Busca, pregunta, interroga, Atahualpa.

No mueras si saberlo.

Tu muerte, en él, está escrita.

A Hernán Pizarro que era el legítimo de los Pizarro, el mayorazgo y letrado, le preguntó una vez Atahualpa, a él o a otro capitán, preguntó con ingenuidad:

- Los cristianos, ¿nacen sabiendo leer y escribir?

Hernán Pizarro, o un CAPITAN cualquiera, contestó perplejo:

- Y tus Indios, ¿nacieron sabiendo tocar el rondador?

Atahualpa sonrió y el capitán prosiguió:

CAPTITAN: Del rondador o zampoña salen unos cuantos sonidos con que tus indios te dan gusto tocando sus tonadas. ¿Te fijaste que son pocos los cañutos con que las tocan todas? Pues bien, según su tamaño cada cañuto encierra un sonido distinto de manera que está escrito el sonido en el tamaño del cañuto. Lo mismo hacemos para escribir los sonidos que salen de la boca y con que podemos decir todos los nombres, solo que, en vez de representarlos por unas rayitas de altura distinta, lo hacemos con unos dibujitos o letras conocidos de todos. Y así leemos los nombres como se tocan las melodías.

ATAHUALPA: ¿Se puede escribir Atahualpa?

CAPTITAN: Sí, aunque no sea palabra nuestra, basta separar los sonidos y representarlos por la letra que conviene.

ATAHUALPA: Escríbelo... A-ta-uall-pa... Atualpa... Ataua-lpa. . . Estás escribiendo mi nombre. Eres el primero en escribir el nombre de un Inca. Los nombres de los otros Incas, nunca se escribieron. ¿Los escribirás? Prométeme que los escribirás para que no desaparezcan de la memoria de mi pueblo condenado.

CAPTITAN: Te lo prometo.

ATAHUAPA: ¡No morirán los nombres de mis antepasados! Seguirán sonando en la memoria de otros nombres con sus acentos ásperos cuando haya muerto mi pueblo y desaparecido su idioma. Se olvidará el arte de entender los quipus pero sobrevivirán los nombres de mi raza. ¡Qué instrumento divino! ¡Qué juguete más sencillo! ¿Cómo no lo hemos inventado? ¡Los mismos niños lo tienen que aprender jugando... Dime, ¿todos los niños de tu tierra saben leer?

CAPTITAN: Algunos.

ATAHUALPA: ¿Por qué no todos?

CAPTITAN: ¿Qué sé yo? Faltarán escuelas o no querrán ir...

ATAHUALPA: Yo les obligaría... ¡Qué vergüenza que no vayan! ¿Te figuras lo fuerte que sería un pueblo que conociera los nombres y hazañas de sus antepasados y no tendría por qué olvidarlos?

- Entonces fue cuando Atahualpa, como si se le ocurriera otro pensamiento, le dijo repentinamente a Hernán Pizarro o a otro capitán que estaba con él.

- ¿Sabes escribir el nombre de tu Dios?

CAPTITAN: Sí.

ATAHUALPA: Escríbelo en esta uña.

Atahualpa, con el ceño fruncido, deletreó y memorizó la palabra con empeño y aplicación y la hizo repetir varias veces: Dios. Dios. Dios... maravillándose cada vez hasta reírse en alta voz de lo fácil y evidente, que era leerla y decirla.

ATAHUALPA: Me dices Dios y ya entiendo que hablas del que para ti es hacedor de este mundo. Lo veo, lo leo, lo leo, lo digo y lo entiendo. Las letras encierran las palabras como los cañutos del rondador encierran las canciones o mejor dicho, las letras encierran los pensamientos... y ¿qué quiere decir Idos?

CAPTITAN: Váyanse...

ATAHUALPA: ¿Y Sido?

CAPTITAN: El nombre de una ciudad antigua.

ATAHUALPA: ¿Y Sodi?

CAPTITAN: No quiere decir nada.

ATAHUALPA: ¿Cómo es posible?

CAPTITAN: Que, por el momento, la reunión de estas letras, en español, no hace sentido esto no impide que, algún día, esta palabra pueda servir para nombrar una cosa nueva.

ATAHUALPA: Las letras están esperando que nazcan las cosas. Encierran el pasado, el presente y el porvenir. Las letras son disponibles, sólo falta descubrir. ¡Dénme letras para que haga cosas! Inventen lo que quieran, que daré nombres a sus invenciones... ¿Ya le disteis nombre a la tierra descubierta?

CAPTITAN : Pirú.

ATAHUALPA: Un río de la costa sin importancia. Nosotros le decimos Tahuantisuyo, las cuatro partes del mundo.

Atahualpa se miró la uña y repitió en voz baja : Dios, Dios. Se volvió pensativo, frunció el ceño. De repente agarró de la garganta a Filipillo que le había servido de intérprete, le pasó la mano izquierda por la cintura y lo dobló hacia atrás con una fuerza tremenda diciéndole:

ATAHUALPA: Si te atreves a hablar de lo que has visto y oído, te mato. Acuérdate que no falta gente para contarme lo que hablas aún a solas con el Gobernador. Acuérdate también que mi vida todavía importa a los cristianos. Pero no así la tuya. Te mato no más con estas manos y nadie te llorará. Nadie. Ni siquiera aquella dama que me sirve y a quien miras demasiado. Te prohíbo requebrarla,

hablarle y aun levantarle el ojo. ¿Sabes por qué? No. No sabes por qué. Esto pasa con los traidores de tu ralea que se olvidan del por qué de las cosas... Ni el General Ollantay pudo casarse con la princesa Cusi-Coyllur mientras vivió su padre el Inca Pachacutec... Veo que no entiendes... Acuérdate que te mato si hablas de lo que has visto o miras una vez más a aquella princesa que vale más que tú. Vete callado o te mato...

Filipillo salió corrido. El capitán, sin haber entendido de qué se trataba, pidió permiso. Atahualpa sin perder tiempo, se asomó a la puerta de su aposento. Su presencia llamó la atención. Se acercó un español para servirle. Atahualpa le enseñó la uña. Dios, dijo el español y cada cual que se aproximaba, miraba la uña y decía: Dios.

- Dios, dijo el uno.

- Dios, dijo el otro.

- Nada dijo un ignorante.

Y Atahualpa le ojeó con desprecio.

- Dios, dijo el último porque Atahualpa se retiró.

ATAHUALPA - Todos saben leer su nombre excepto algunos brutos, y leyendo su nombre se les abren los ojos. Uno de ellos se signó, otro me miró con odio, ninguno quedó indiferente. De las letras salen los pensamientos como de1 rondador nacen las melodías, tristes o alegres. Ahí se esconde el canto de las aves. Todos los cantos de todas las aves, nacidas y por nacer, que celebran la salida del sol. Ahí está el susurro de todas las fuentes, el retumbar de los torrentes entre las peñas del monte hasta que corra el río

con un canto único por los valles abiertos. Ahí está la verdad del canto, la verdad del río que corre caudaloso y sereno sin que se sepa de donde viene, renovando sus aguas siglo tras siglo sin que se conozca la fuente, armonizando en una sinfonía majestuosa las voces de sus fuentes olvidadas. Corre parejo todo el año, riega sus riberas, prosperan los pueblos: nadie se pregunta ¿por qué? Corre el río parejo, sereno, sinfónico, el río evidente, hecho verdad inexplicable. ¿De dónde nació el río? ¿De dónde nacieron las canciones? ¿De dónde nacieron las letras en que caben los pensamientos de ayer, hoy y mañana? ¿De dónde nacieron las letras con que se escribe la verdad? ¿De dónde? ¿Qué me dijo el padre Valverde?

¡Ayudadme a recordar! ¿DE DÓNDE NACIERON LAS LETRAS? ¿CÓMO SE ESCRIBIÓ LA VERDAD? ¡AYUDADME A RECORDAR! ¡AYUDADME!

Estalló una tormenta como nunca se había oído. Los hombres quedaron callados en lodo. El cielo relampagueó por más de seis horas seguidas. El rayo mató a todos los que venían con el patriarca. De entre las nubes bajó a pisar tierra un ente reluciente cuyo cuerpo no llegaba a perfilarse. Parecía sentarse en una cumbre cuando de repente volvía a vislumbrarse, puro rostro, entre las nubes que reventaban en relámpagos. El patriarca, en vez de llorar a sus compañeros, andaba alocado, buscando entre la tempestad, donde apareciera otra vez el que hablaba: pero la voz se perdía entre los truenos como si los truenos fuesen voces. Cuando, desesperado, se echó en tierra tapándose los oídos y apretándose los ojos,

una fuerza vibrante como oro fundido, ardiente y estremecido, lo sacudió y le hizo grabar desmayado las leyes del pueblo:

NO MATARAS

NO ADULTERARÁS

NO ROBARAS

NO ATESTIGUARÁS CONTRA TU PRÓJIMO FALSO TESTIMONIO
NO DESEARÁS LA CASA DE TU PRÓJIMO

NI LA MUJER DE TU PRÓJIMO
NI SU SIERVO, NI SU SIERVA

NI SU BUEY NI SU ASNO

NI NADA DE CUANTO LE PERTENECE

No fue ensueño, no fue imaginación. Despertándose el patriarca, vio escrita en la piedra la ley de Dios.

La vio y supo leerla: No matarás, no adulterarás, no robarás. Gritó de contento. Pero nadie le contestó.

Gritó otra vez: ¡Vengan! ¡Acudan todos! Pero nadie le contestó. Fue corriendo por la tierra inundada tropezando con los cuerpos. Duró días y noches sin perder el camino. Por fin se vió con unos hombres, moradores de aquellas sierras. Lloró de contento y quiso abrazarles. Pero no se dejaron, antes se asustaron. Leyó en sus ojos el miedo que les infundía. Su rostro echaba rayos. Entonces besó la tierra y el pedregal se cubrió de pasto. Se quedó postrado y miles de llamas poblaron los prados y miles de hombres se jutaron en oración. Se levantó el

patriarca y, sin decir palabra, se puso en marcha hacia de donde venía. Todos le siguieron callados durante noches y días, por cumbres y despeñaderos. Casi todos llegaron sin padecer hambre ni cansancio a la piedra en que estaba grabada la ley. El patriarca la leyó: NO MATARAS. NO ADULTERARAS. NO ROBARAS. Todos besaron la tierra. Brillaba el sol sobre la laguna. Los nevados se reflejaban en las aguas. Ni una pizca de viento inclinaba las totoras. Un pueblo postrado en el hielo de las alturas rendía al sol su homenaje. El patriarca habló por vez primera: 'Soy el hijo del sol, lo que está escrito en esta piedra, lo grabó él con mi mano para que lo sepa leer. No quiso que haya testigos y por eso partió con su rayo a todos mis compañeros. Pero yo les guiaré por el camino de la verdad. Sucedió hace siglos cerca del lago Titicaca. ¡Ojalá hubiera pasado! ¡Ojalá tuviéramos escrita la palabra de Dios en la piedra! ¡Ojalá la leyéranlos todos en un libro como aquél que arrojé con tanto desprecio! ¡Ojalá volviera yo a reinar sobre un pueblo que conozca el libro de la verdad! Lindo libro que no encierra ningún error porque lo escribió el mismo Dios. Porque todo lo que se le agrega es conocido de todos. Es escrito en el momento como el nombre de los Incas y de quiénes son hijos y cuáles fueron sus hazañas, sus victorias y su mansedumbre con los vencidos aconsejándoseles renunciar a los sacrificios humanos, sus justas venganzas en los vencidos arrogantes, como los cañaris, el exterminio de los rebeldes, la repoblación de las provincias con otra gente mejor. En todo esto no cabría duda. Los dichosos niños de mis reinos leerán las hazañas de sus reyes que han conquistado el Tahuaritisuyo para que reine la paz y 1ª justicia. Sabrán de cómo mi padre dividió el imperio entre mi hermano y yo para no ofender a los pueblos del norte, recién conquistados, dándoles por soberano un rey nacido entre ellos, y de cómo le hice guerra justísima a mi hermano porque desamparaba el Cuzco. Deleitándose en placeres cuando el enemigo común asediaba nuestras playas. Tanto así que, si no fuera por él, los cristianos no me tendrían en cautiverio. ¿Qué dirán los libros? No puede haber un solo libro. Mi hermano encontrará quien lo defienda, que hará otro libro opuesto al mío, de manera que cada caso requiera dos libros para ser expuestos y otro tercero para fallar imparcialmente: tres opiniones para cada caso me parece lo justo.

Y de Pizarro, ¿quién escribirá el libro? ¿Quién contará su inaudita hazaña? ¿Quién dirá su audacia, su valor y su desprecio a la muerte? ¿Qué dirá de mí? ¿Qué dirá de mi hermano, el que escriba la epopeya de Pizarro?

PIZARRO: No tengas por afrenta haber sido preso y desbaratado porque los cristianos que yo traigo, aunque son pocos en número, con ellos he sujetado más tierra que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo soy.

FELIPILLO: Dice que ha vencido a otros señores más fuertes que Vuestra Señoría porque los cristianos aunque pocos son más valientes que los Indios y superiores.

ATAHUALPA: Ya lo creo.

PIZARRO: Dios permite que para que salgais de la bestialidad y vida diabólica que vivís que tan poco como somos sujetamos tanta multitud den gente.

FILIPILLO: Dice que su Dios les dará siempre la victoria aunque fuesen numerosos los enemigos.

ATAHUALPA: Así parece.

PIZARRO: ¿Y porqué no me traduces a mí?

FILIPILLO: Dice "veremos".

PIZARRO: ¡Mejor para él que no quiera enojarme!.. Dile esto: No hacemos guerra sino a los que nos la hacen y pudiéndoles destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos.

FILIPILLO: Dice que son buenos los cristianos porque perdonan cuando pudieran matar.

ATAHUALPA: Yo también he visto la bondad y ánimo de los españoles.

FILIPILLO: Dice...

PIZARRO: Cállate que no me importa lo que contesta... yo soy el que habla. Si tú fuiste preso y tu gente desbaratada fue porque venías con tan gran ejército contra nosotros, enviándote a rogar que vinieses de paz.

FILIPILLO: ...que fue preso y vencido porque en vez de venir de paz como se lo pidió, Vuestra Señoría vino con todo el ejército en armas.

ATAHUALPA: Yo de paz quería venir pero los míos no me dejaron y todos que me aconsejaron han muerto.

PIZARRO: ¿Qué contestó?

FILIPILLO: Que vino en pie de guerra porque los españoles le habían robado ropa y matados gente y que ustedes no son sino unos ladrones, asesinos y embusteros.

PIZARRO: Pues respóndele a ese perro que echó en tierra el libro donde estaban las palabras de Dios y por esto permitió Nuestro Señor que fuese abajada su soberbia y que ningún Indio pudiese ofender a ningún cristiano.

FILIPILLO: Que ningún Indio ha peleado con ningún cristiano porque su Dios protegía a los cristianos haciéndoles invencibles y esto porque Vuestra Señoría había arrojado el libro santo y es un soberbio, arrogante e ignorante.

ATAHUALPA: Dile que yo, bien sé que el que habla en mi ídolo no es Dios verdadero pues tan poco me ayudó... tan poco me ayudó... tan poco me ayudó...

Diciendo esto Atahualpa agarró a Filipillo y lo echó. Cerró la puerta y se acercó a Pizarro enseñándole la uña en que estaba escrito Dios. Pizarro, el analfabeto, se quedó mudo. Pizarro se quedó mudo ante el nombre de Dios. Viendo esto, Atahualpa atónito, le dio la espalda hasta que saliera. Cuando Pizarro iba saliendo Atahualpa le gritó "Dios".

CORO: ¿Qué habrá pensado Atahualpa? ¡Qué vergüenza! Pizarro no sabe leer. ¡Qué vergüenza para el Inca vencido! ¡Ojalá le hubiera vencido Huascar, su hermano! Que su hermano, como él, sabía de su origen divino y de sus antepasados, mejor que los amautas, y más sabía cuanto tiene que saber el que tiene que reinar. ¡Qué vergüenza! Pizarro no sabe leer, o sea que sabe menos que sus capitanes y ni siquiera sabe lo que le hace más fuerte. Y con todo le venció al Inca con el atropello de los caballos y el estrépito de los cañones- Pura algazara, puro alboroto. Nada más. Brutalidad, bestialidad. ¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza! Le venció un aventurero cualquiera, audaz por condenado, pero un aventurero que ni representa lo que haría justa su victoria. Y se hunde de golpe un imperio en el mar del olvido, cortado su porvenir de árbol desconocido, de jaguar de pelo negro. Un imperio se hundió por la audacia de un analfabeto. ¡Qué vergüenza! Y el Inca está preso. A merced del aventurado y afortunado y afamado analfabeto... ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

ATAHUALPA: El mundo es de los ignorantes. Dios es uno y trino, dice el padre Valverde. Uno y tres son cuatro, traduce Filipillo. El misterio de la Trinidad, en boca de un malvado, ¿cómo quieren que entienda?

- Triunfa Pizarro que no sabe leer, triunfa Filipillo que profana la estirpe real, se marcha a España Hernán Pizarro, el que me tenía afecto y respeto; triunfarán el tuerto y el gordo, Almagro y Riquelme, y triunfará el padre Valverde quien, en nombre de Dios, hasta las piedras mandaría al infierno. Estoy rodeado de enemigos, listos a acusarme de todo, hasta de juntar ejércitos, cuando me tienen cautivo.

¿Por qué lo haría pudiendo hacer que no vuele ni cante una ave en mi imperio si no lo quiero? ¿Se burla de mí Pizarro? Cruzó el cielo un cometa verdinegro parecido al que rayó la noche poco tiempo antes de la muerte de mí señor, Huaina Capac. Cruzó el cielo el cometa que anuncia las grandes calamidades, la destrucción de los imperios, la muerte de los reyes. Lo he visto, poco menos grueso que el cuerpo de un hombre, más largo que una pica. Mi muerte se aproxima. No me entristece perder la vida. Me entristece no volver a reinar como quería hacerlo. No se escribirá la historia del Tahuantinsuyo. No se escribirán las leyes de este pueblo para que las aprendan los niños. No se les enseñará ninguna otra verdad tampoco. No la creerán. Siempre les faltará algo: el libro que no habré escrito. Seguirán pensando que hay otra verdad

que se les esconde pero que habla en la sangre, en las costumbres, y andarán por siglos guardando mi luto,

guardando el luto de algo cada vez más desconocido. No habrá sino un gran luto que nadie entenderá pero todos sentirán. No olerán las flores, no cantarán las aves, no sonarán los ríos. Se olvidará el canto sinfónico del río. Y volverán a matar a Atahualpa por oro, oro negro, por siglos y más siglos. ¡Mátenme! No importa por qué. ¡Mátenme! Que ya estoy listo.

El halcón se ha volado de tu escudo, Atahualpa, más veloz que el cometa, cruza la noche estrellada, aletea por los círculos del arco iris, halcón rojo, anaranjado, amarillo, lleva a Viracocha la noticia de tu muerte próxima.

Viracocha, no sueltes la llama blanca que cada noche baja del cielo a beber las aguas del mar que sobran.

Deja que se aneguen las tierras. No sueltes la llama blanca que brilla en la noche estrellada. O más bien, sacrifícala en los altares del cielo. ¡Corra su sangre por el polvo de las galaxias! y no la de tu hijo predilecto. ¡Tira con tu honda a los nevados la sangre de la llama blanca que no, la de tu hijo!

Viracocha, ¿me oyes? ¿Cuándo sacrificarán los dioses? Llegó la hora de tu justicia. Detén la llama constelada. Viracocha, ¿me oyes? Oh, hacedor, que estás en los fines del mundo sin igual, que diste ser y valor a los hombres... A estos que hiciste, guárdalos que vivan sanos y salvos, sin peligro, que vivan en paz. ¿Dónde estás? ¿En lo alto del cielo o abajo? ¿En los truenos en los nublados de las tempestades? Oyeme, respóndeme.... ¿o quieres que lo estrangulen los cristianos y lo sepulten para que los indios,

cerrada la noche, lo desentierren y lo lleven sobre dos palos atado, por montes y despeñaderos, hasta el Cuzco, hasta el ombligo de tu mundo, y lo depositen ante los cuerpos momificados de sus antepasados exhibidos en la plaza para rendirte homenaje en el mes de los difuntos? ¿Esto quieres? Homenaje tras homenaje.... Respóndeme, tú que te escondes en las nubes de las tempestades... ¡Respóndeme! Pues éste será tu último homenaje. Por última vez verás a los Incas momificados exhibidos en el Cuzco

y el cuerpo de Atahualpa, su cuerpo pálido y verdinegro, tendido en la plaza ante tu pueblo desconcertado. Más veloz que el cometa, el halcón verde, el halcón azul, violeta, añil, ha cruzado el espacio en busca de una respuesta.

EL SUEÑO DE FILIPILLO

Cogí ya la manta con que hoy se cubrió Atahualpa y la manchó y la desechó... Eres más fina que la seda, más blanda que lana de vicuña y más caliente. ¿Hombres de mi tierra te han tejido día y noche con alas de murciélagos! ¿Para qué? Sólo para que este Inca impío, usurpador y soberbio se cubra contigo un solo

día y luego te deseche y te mande a quemar para que nadie más te toque o te profane. Ahora, yo me abrigo contigo, manta calientica, manta riquísima de mucha labor de todas las gentes de Túmbez a Puerto Viejo. No me visto de Inca ni de orejón, contigo me hago murciélago, para entrar en el aposento del Inca y, mientras las hermosas princesas le tienen los manjares en la mano, servidos en vajilla de oro, yo me los llevo volando, me los llevo robando, me los llevo riendo a carcajadas y asustándolos a todos. Se vengó el murciélago. Se vengó el murciélago aciago. El sol se ennegreció y abandonó a su hijo a los maleficios de la noche. ¡Ay qué bueno es presentir tu caída, Inca fracasado! Si hubieras visto, como yo, las torres de Sevilla, los jardines de Granada, y la Santa imagen de la Virgen vestida terciopelo, guarnecida de perlas y oro y tan purísima en su semblante doloroso hubieras visto Atahualpa, lo poco que somos nosotros y ¡cuán equivocados! .. ¿Para que tratas de asustarme? No me impongas silencio. Detente, que no me impresionas. No te servirán tus amenazas. Tus días están contados. Filipillo se salvará. ¿Sabes? Me dieron el agua bendita y con esto, no puedes nada contra mí, como no pudiste contra Pizarro. He llorado, Atahualpa, he llorado y todavía lloro cuando por primera vez pude arrodillarme ante el Cristo, siendo cristiano. Pero no puedes entender. ¿Quieres que te diga otras cosas que puedas entender? Los cristianos tienen centenares de cañones como los que sonaron en Cajalnarca y desbandaron tus ejércitos; tienen decenas de carabelas que cruzan el mar grande y duran meses para cruzarlo sin nunca hundirse y es maravilla ver el orden de los ejércitos armados de arcabuces. No te digo nada de sus mujeres ni de las casas floridas con balcones, patios y zaguanes, ni de tantas otras cosas que, aún pensándolas mucho, no alcanzarías a representarte. Pero un cosa te digo: los cristianos tienen unos carruajes... no sé cómo explicarte, verás... a los caballos que conoces les atan dos grandes palos y entre éstos ponen una caja en la que uno puede sentarse y ésta en un eje y dos ruedas que son como dos aros que giran y se mueven con el andar de los caballos. Algunas son muy bien labradas y en ellas se pasean las señoras para hacerse visitas. Otras son más toscas. Las usan para transportar sus frutos de los campos a la ciudad. Muy superiores son los cristianos, Atahualpa, y aunque quieras, no los vencerás. Siempre te mandarán gente y más gente y te aplastarán. ¿Quién puede entender esto? Únicamente aquél que lo ha visto con los propios ojos. Los españoles y yo. Si Atahualpa me escuchara, no me creería. Me acusaría de engañarle. ¡Allá tú con tu soberbia! Fracasarás solo, yo sé lo que hago. Esta manta es mía y nadie me la quitará. Manta mía, linda manta profanada, contigo me abrigaré junto con aquella princesa testaruda que sigue teniendo en la mano los manjares al último hijo del sol en su ocaso. Ya se acerca la que fue princesa, la que cree que lo es todavía, la que escucha en la noche los rumores esperanzados de liberación, la que no ha perdido nada

de su altivez de llama sacrificada, de adoradora pagana, de virgen deflorada por los rayos de un sol embustero, hombre como yo, y todos. Se acabó la comedia, conmigo serás cristiana, conmigo te bajarás de tu altanero orgullo para besar la tierra bendita de Dios y comer el pan de todos y amar a los hombres como yo. Yo te llevaré en las blancas carabelas que crujen con los vientos y te enseñaré las

maravillas de las tierras lejanas. Quiero que por primera vez en estos tiempos, se case la hija de un señor con un hijo de nadie. Abrígate en mi manta sacrílega. Únete a mí en la cubierta de la carabela. Ni conoces las estrellas que nos miran, que por aquí son diferentes. ¿Qué te importa? Estas no conocen al Sol y no le dirán nada de tu fuga. Nos llevamos a España la manta sagrada del Inca que nos esconde de las estrellas desconocidas como cualquier poncho rústico. Maravilla de princesa liberada, falta poco para que seas mía, para que te maravilles tanto con lo que te enseñaré, que pronto habrás olvidado este mundo caduco. El padre Valverde nos unirá. Es un amigo de verdad. Con él he arriesgado la vida. El mismo me ha bautizado y me ha enseñado mucho. Yo creo que es un hombre santo y no por eso menos valiente.

Claro que a veces tiene sus cosas que no las entiendo.

- Escúchame Felipillo.

- Bendígame, Padre...

- Si lo mereces.

- ¿En qué he faltado, Padre?

- Ahora lo veremos.

- Diga, Padre.

- Tú sabes que han llegado refuerzos, el Capitán Almagro con los suyos.

- De algo me he dado cuenta.

- ¿Sabes quién es Almagro?

- Sí y no.

- El socio del Gobernador Pizarro.

- Muy bien, Padre.

- ¿Y sabes lo que significa ser socio del Gobernador?

- No, Padre.

- Esto quiere decir que viene a compartir el botín de Cajamarca... Viene a que se le pague, como socio desde Panamá sin haber metido mano a la obra, sin haber tenido aquel susto que tuvimos tú y yo cuando entraban y entraban miles de Indios en la plaza y nosotros no sabíamos cómo salir del paso, los cien o doscientos que estábamos. De tal manera que si no nos ayudaba Dios, que El sólo

sabe a quien quiere dar la victoria, ni tú ni yo estaríamos conversando ahora, ni mucho menos Almagro vendría a pedir su parte.

- Sí, Padre.

- Pues bien. A Almagro hay que darle algo para que se conforme. Pero el Diablo está en este hombre.

- No me diga, Padre.

- Sí. El Diablo lo mueve contra el Gobernador y yo te prometo guerras y guerras si Almagro no recibe lo mismo que Pizarro.

- ¡Bendito sea Dios!

- Ahora, de ti depende que a Almagro se le saque el Diablo del cuerpo y todo sea paz entre los cristianos.

- ¿De mí, Padre? Yo no soy nada. Una lengua cualquiera.

- Acuérdate de que pudiste mucho la vez que Atahualpa entró en la Plaza de Cajamarca como triunfador y tú me traducías que no quería otro Dios y yo se lo dije al Gobernador que se puso furioso, salió, y gritó ¡Santiago! y todo fue para gloria de los cristianos.

- Pero, así me lo dijo Atahualpa. Yo no tengo mérito en ello.

- ¿Y si no lo hubiera dicho?

- No sé...

- Pues yo hubiera dicho lo mismo y tú lo hubieras traducido. Los designios del Cielo hay que saber entenderlos.

- Sí, Padre. ¿En qué puedo servirle?

- Si fueras Almagro, ¿con qué te conformarías?

- No sé, Padre.

- Piénsalo.

- Su Merced dijo que el capitán Almagro es socio del Gobernador.

- Así es.

- Esto quiere decir que debe recibir lo mismo.

- Así es.

- Así que el capitán Almagro debería conformarse recibiendo la mismo.
 - Muy bien. De manera que si queremos la paz entre los cristianos, corresponde dar a Almagro lo que se da a Pizarro, o sea que hay que dejarle conquistar más tierras porque lo que está ganado por Pizarro después de tantos trabajos, no hay como quitárselo.

- Así me parece.

- Y para conquistar más tierra, se necesita tener campo libre... ¿y quién nos estorba ahora?

- Atahualpa.

- ¿Y qué opinas?

- Lo mismo que su merced...

Lo mismo que tú, maldito cura endemoniado para quien el cielo lo encubre todo. Si no hubiera visto yo, con estos ojos, la Virgen Dolorosa... Pero, ¡cómo se atreve el maldito! En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo... Dios sabrá valerse aún del Diablo... Filipillo ¿en que te metiste? ¿No valía más aquel culto simplificado al Sol que nos ilumina a todos y al Hijo del Sol ya las Vírgenes del Sol? No vale más aquel respeto a los amautas, a los orejones, y recibir vejámenes, "este puente para los señores" y "este otro para los mortales" y "esta dama no es para ti" y "trabaja para los señores que el Inca lo proveerá todo". Muy bien para los del Cuzco, pero nosotros, los de la costa, conquistados, hechos para servir, o si no, nos mandan a los mitimaes para poblar nuestras tierras, y nos llevan a nosotros a morirnos de frío en la Puna... Ya no sé...

... Mande, Padre.

- ¿Qué opinas, Filipillo?

- Lo mismo que su merced, Padre...

- Ya veo que me entiendes. Para que reine la paz en estas tierras milagrosamente conquistadas por un puñado de valientes hace falta que digas que oíste que se reúnen ejércitos para liberar al Inca, con lo cual tanto Almagro como Pizarro verán que se les cierra el paso y que lo único es acabar con Atahualpa de manera que dicha reunión pierda todo objeto.

- Me parece claro.

- Te corresponde decirlo.

- No sé nada de esto.

- Téntelo por dicho.

- Es mentira.

VALVERDE: Yo te absuelvo... Y no te ofendas que por el bien de la cristiandad lo hago. ¿No me pediste la bendición? Arrodíllate... En nombre del Padre... etc.

... Tú no sabes lo que es interpretar la voluntad del Cielo. Es ahondar lo más oscuro de los laberintos humanos para, dentro de lo más oscuro, sacar la flor y limpiarla y volverla a exhibir a la luz del día. Yo u otro, para que poco a poco renazca y florezca. Yo del estiércol hediondo he sacado una azucena negruzca y la voy limpiando en el agua de estas sierras que corre pura de los nevados para sacarla al sol, algún día. Yo u otro. ¿Quién soy yo? Algún día florecerá... Te confieso Felipillo, francamente, no se sí valía la pena que llegáramos hasta acá. Todo estaba bien y no necesitaban de nosotros. Algún día habíamos de encontrarnos. Tal vez más tarde, siendo vosotros más fuertes y nosotros menos codiciosos. Pero uno sabe navegar y piensa que la tierra puede ser redonda y cree llegar al Asia y se topa con un mundo nuevo que ignoraba. Así van las cosas. A lo hecho, pecho. Miente Felipillo que yo te absuelvo. Nos sumiremos juntos en el cataclismo del siglo.

FILIPILLO: ¿Por qué? ¿Por qué dudan los cristianos? No lo entiendo. Dios les dio la victoria. Maten no más. ¿Acaso no son victoriosos? ¿Qué les importa Atahualpa? El impío, el soberbio, el usurpador, el polígamo, el fraticida... ¿No me cubro yo con su manta profanada?... ¿Y quien soy yo? Un Indio de la costa capturado, bautizado, hispanizado... Pero si los cristianos dudan, ¿quién soy yo? Un vendido, un traidor, el primero de los traidores del Tahuantinsuyo... Manta sagrada, dime, ¿cómo te sientes sobre mis hombros? ¿Te sientes diferente que sobre los hombros del Inca? ¿Qué has sentido cuando las manos de una sirvienta te dejaron caer sobre los hombros del Hijo del Sol? ¿Te pusiste a relucir? ¿A qué oliste de repente? ¿Perdiste tu peso? ¿Dejaste de ser pelo? ¿Te volviste rayos de sol materializados? ¿Y por qué te siento yo como eres, ala de murciélago? Yo he visto los huesos y las mazorcas de maíz que el Inca ha tocado y que se botan en unas petacas para quemarlas al año. Son como los de uno cualquiera y los perros los quieren acabar de roer. ¡Basta de cuentos! Y el Padre Valverde dice que Dios quiere la paz. Y ¿por qué no la tiene si la quiere? Dice que para probar a los mortales. En esto tiene razón. Al que no se prueba, se le va la mano. Los cristianos nunca se equivocan. Si algo está bien, estaba previsto. Si está mal, es para ponerlo a uno a prueba. Los designios de la Providencia se desconocen. Con este otro cuento, el cristianismo durará mil años. Nunca se le podrá tomar en falso. A lo mejor, el endemoniado Padre Valverde es un santo que se echa a sí mismo las culpas para salvar al cristianismo. ¿Cómo quería Atahualpa vencer a esta gente que siendo endemoniada es santa? ¡Ojalá no me hubieran nunca capturado! ¡Ahora me quieren echar encima la muerte de Atahualpa! ¿Qué sé yo de lo que contrataron Almagro y Pizarro? Pero sé que Atahualpa ya no puede nada contra mí. No porque estoy bautizado, sino porque él está condenado. De

manera que si le acusan de hacer gente para liberarle y le matan por este motivo, a mí, ¿qué más me da? ¡Que todo se hunda de una vez! ¡Que no haya más Inca, ni amautas, ni orejones y todo sea de todos, como predicán los cristianos! ¿Qué pierdo yo? Antes, ¿qué gano? Ganaría yo una llama blanca que me desdeña y me la llevaría en una carabela y en la cubierta, a escondidas de las estrellas, la amaría bajo la manta sagrada hecha poncho como cualquier otro.

ATAHUALPA: Felipillo, ¿cuánta gente está reuniendo Rumiñahui?

FILIPILLO: De treinta a sesenta mil, señor Gobernador. Le llega gente de Atacama, de Tihuanaco, de Tomebamba, de Liribamba, y hasta de Caranqui y Atuntaquí.

ATAHUALPA: ¿Estás seguro, Felipillo?

FILIPILLO: Sí, señor, como a su merced le veo.

ATAHUALPA: ¿Quién te lo dijo?

FILIPILLO: El mismo general Calicuchima, cuando le daban tormento. Me tomó por uno de la comitiva del Inca. No sabía que estaba con su Merced. Le pregunté con sollozos en la voz como quien llora por la libertad de su señor, así que se conmovió y me lo dijo como yo se lo cuento.

ATAHUALPA: ¿Y por qué no me lo dijo a mí?

FILIPILLO: Porque el señor Gobernador le preguntó por oro y no por gente.

ATAHUALPA: Yo también le pregunté por gente.

FILIPILLO: Entonces, no apretó lo suficiente que apretando un poco más, las palabras suelen salir por sí solas. Pero usted está aflojando. Cuando se vence, se vence. Déjelo por mi cuenta como me lo mandó el Padre Valverde para que reine la paz entre los cristianos, que estos reinos vivían en la herejía y así morían si no llegaban los cristianos.

ATAHUALPA : Bueno, Felipillo, veo que en ti puedo confiar. ¡Ojalá no tenga que castigarte!

FILIPILLO: Confíe no más, señor Gobernador...

Ya murió Atahualpa, y si no ha muerto, morirá. Échenle fuego al pasto y correrán desamparadas las hormigas. Lo mismo corren desbandados los ejércitos del Inca por las altas cumbres de la Cordillera. Pero da risa ver como otros traen el oro cumplidamente. Traen ollas, ídolos, enchapado de templos para que todo sea fundido en pesos de buena ley. El oro no rescatará a Atahualpa, por más que

llene el aposento en donde está preso, porque si lo puede llenar es que tiene mucho más y aunque Pizarro se conforme con lo prometido, Almagro querrá lo suyo, y cuando Almagro esté conforme, otro vendrá pedir más, y otro a pedir más... ¿Por qué quieren que esto termine? Terminará cuando se agote el oro y no haya más que cerros y lomas, desiertos, poblados de nativos de mirada alocada que preguntarán su camino por la desconocida sierra que antes era un solo camino, un solo reino, un solo modo de ser, de vivir y de hablar.

Ya murió Atahualpa y me llevo a su sirvienta. Cuando se hunde la nave mejor llevarse los tesoros que dejarlos a los piratas. Me llevo a una sirvienta del Inca que es hija de un señor de los pudientes de Quito que los españoles aún no han conquistado y es princesa de verdad porque huele a flor de campo de las vertientes del volcán y no a sudor agrario de las axilas como las hijas de pescadores.

Me llevo a una princesa como no me imaginaba. Me costará enseñarle pero cuento con el viaje para amansarla. Ella no sabe sino servir al Inca y mostrarle respeto. No pido tanto. Yo soy un bastardo. Mitad indio, mitad cristiano. No por la sangre, por las costumbres no más. Y de ello me enorgullezco. Apuesto que de aquí a poco seremos muchos. Yo soy el primer bastardo.

Maldito Padre Valverde. Me ha enseñado mucho desde que salimos los dos en aquella plaza a recibir a Atahualpa. ¿Qué tal si nos hubiéramos reído al mirarnos? Pero entonces no le conocía bastante. Ahora si le conozco... Atahualpa está haciendo gente: sus generales vienen a pedirle consejos. Cincuenta mil hombres bien armados se alistan a caer sobre los españoles para exterminarlos. Pero, ¿qué veo? Se encienden los volcanes. El mismo Cotopaxi arde en la oscuridad como para castigar a los suyos por su intento. No hay salvación. Ni con la malicia de Rumiñahui. Los españoles cruzan campos de cenizas desiertos para conquistar a Quito, ciudad abierta, abandonada. Han muerto a Atahualpa. Lo han matado a garrote en vez de quemarlo vivo. Si no ha hecho gente, lo intentó. Además es un usurpador.

Un cóndor ha borrado el sol con el ala esta mañana. Y bogan las carabelas, trayendo gente, llevando gente. El Cuzco se conquistó y se está poblando. Con las piedras de los templos construyen casas e iglesias. No quedará nada, las carabelas llevan gente y oro. El padre Valverde se fuga con baúles pesados.

Cree que no le veo. Puede ir encapuchado, yo le conozco de lejos. ¿Qué hará con tanto oro? También se va Atahualpa; quiere que lo presenten a Carlos V. El Padre y el Inca y yo, con mi princesa, en la misma nave. Nos contaremos los recuerdos. Si no damos con algunos piratas, celebraremos la llegada. Y yo le traduciré a Atahualpa ante el Emperador... No. No me agarre de la garganta... mi Señor. Inca. No, yo no le traicioné, sino este Padre encapuchado que se esconde detrás de sus baúles llenos del oro de nuestros templos... No me bote al agua... le devolveré la manta y a su sirvienta... El mar está lleno de tiburones que bostezan

con las mandíbulas erizadas de dientes afilados entre los torbellinos del agua... Suélteme señor... Tenga piedad de mí como la tuvieron de Vuestra Señoría los cristianos siguiendo mis consejos... Suélteme señor... Suélteme... gracias señor... Aflojaste Atahualpa lo mismo que Pizarro... Ya no sabes lo que eres ni lo que puedes... Este mundo es de los bastardos como yo... Te alejas Atahualpa... Has muerto... Te mató el mismo sol para brillar para otros.

No, padre, no quiero oro, no diré nada, pierda cuidado, me quedaré en Panamá; no pasaré de las islas vaya usted a España... Prefiero vivir escondido, con mi princesa o sin ella, con la hija de un pescador... Déjenme vivir como pueda, olvidando lo sucedido. Déjeme vivir como maldito bastardo que soy, ni cristiano ni indio... Estoy cansado... ¡No, no me mate, padre! Tomaré el oro, firmaré el recibo. Esté seguro de mi silencio. Me quedaré en la isla del Diablo... no me mate, Padre... gracias, Padre... Sí Padre, sé que Atahualpa ha muerto después, de un proceso justo... Sí, Padre, sé que su merced no se ha fugado... Y también sé que Rumiñahui será vencido. Y que Almagro matará a Pizarro y que miles de indios como yo se arrastrarán embrutecidos por los siglos y los siglos... Amén... Estoy cansado. ¡Déjenme vivir o dormir y olvidar! ¡Déjenme olvidar el crujir de la aborladura de las negras carabelas que trajeron tanta gente y seguirán trayendo gente para que chorree sangre de los cráteres encendidos! ¡Detengan la matanza! ¡Estos caballos desbocados patean a mis hermanos! ¡No permitan que me descuarticen! ¡Olvidar!... Estoy cansado. ¡Dejen dormir al murciélago bastardo, mitad ratón, mitad pájaro, en la techumbre de un palacio arruinado!...

POR UN MILLON TRESCIENTOS VEINTISEIS MIL QUINIENTOS PESOS DE ORO - O - EL SUPPLICIO DE PIZARRO

A la Iglesia, noventa marcos de plata, dos mil doscientos pesos de oro.

A Hemando Pizarro, mil doscientos sesenta y siete marcos de plata, cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro.

A Hemando de Soto, setecientos veinticuatro marcos de plata, diecisiete mil setecientos cuarenta pesos de oro.

Al Padre Juan de Sosa, vicario del ejército, trescientos diez marcos de plata, siete mil setecientos setenta pesos de oro.

A Juan Pizarro, cuatrocientos veinte coma veinte marcos de plata, once mil cien pesos de oro.

A Pedro de Candía, cuatrocientos siete coma veinte marcos de plata, nueve mil novecientos nueve pesos de oro.

A Gonzalo Pizarro, trescientos ochenta y cuatro coma cincuenta marcos de plata, nueve mil novecientos nueve pesos de oro.

A Miguel Estete, trescientos sesenta y dos marcos de plata, ocho mil novecientos ochenta pesos de oro...

PIZARRO: Has cumplido, Atahualpa. La pieza se llenó como habías dicho. El oro se fundió y repartió. Pero mejor hubiera cumplido tu hermano. Tres veces más nos quería dar. Por eso lo mandaste matar. Confiesa que lo mandaste matar. Temías que nos diera más para que lo dejásemos con vida y te matásemos a ti.

Por tu gran culpa. ahora están enterrados los tesoros donde nadie más los encontrará.

Mataste a tu hermano y quieres que te perdonemos la vida. Fratricida, nunca volverás a reinar. Eres un ambicioso despiadado, un usurpador, un asesino.

El acusado confiesa haber matado a su hermano Huáscar, heredero legítimo.

El acusado confiesa ser hijo bastardo de Huayna Cápac.

El acusado confiesa haber hecho guerra a su hermano.

PIZARRO: ¿Y quién soy yo para juzgarlo?

Cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro al Gobernador Francisco Pizarro, por su persona ya las lenguas y caballos, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata.

PIZARRO: ¿Quién soy yo para juzgar a un rey? ¿Quién soy yo para condenarlo por criminal? Soy vencedor.

"Ten piedad de mis hijos te los recomiendo". Me dijo este perro. Levantó la mano, cuando lo sujetaban,

y tres dedos me enseñó. Tres hijos me encomendó. La verdad es que no lo maté yo. Hernando, mi hermano; se había ido. Hemán Soto el bueno había salido a averiguar si Atahualpa hacía gente. Regresó demasiado tarde con la noticia de que no había tal cosa. Almagro fue el que lo mató para abrir campo a su codicia.

Asimismo el Gobernador señala a la gente que vino con el capitán Almagro para ayuda de pagar sus deudas y fletes, veinte mil pesos de oro...

PIZARRO: Levántate, Atahualpa. Disculpa estas cadenas. No morirás. Este cometa verdinegro no es sino agüero. Ya sabes que esos signos del cielo son cosas de gentiles y bárbaros. Los cristianos no creemos en agüeros. La voluntad de Dios sólo se cumplirá. Los cristianos haremos que se cumpla la voluntad de Dios.

Deja esta tristeza. Confía en mí. Has cumplido. Yo cumpliré.

El acusado reconoce ser idólatra y hacer él mismo sacrificios a sus ídolos.

ATAHUALPA: Bien sé que el que habla en mi ídolo no es Dios verdadero ya que tan poco me ayudó.

Tan poco me ayudó...

VALVERDE: Este pagano te engaña. Pizarro estás aflojando. ¿Qué te importan sus hijos? Si él mandó matar a las mujeres preñadas cuando conquistó el Cuzco. Déjate de flaquezas. ¿Es o no es idólatra?

PIZARRO: Lo es.

VALVERDE: ¿Mató o no mató a su hermano?

PIZARRO: Parece que lo mandó matar.

VALVERDE: ¿Es o no es hijo bastardo de Huayna Cápac?

PIZARRO: ¿Y yo quién soy? ¿Acaso no he crecido en los pastos donde apacentan los marranos?

VALVERDE: Eres cristiano, humilde y bastardo, pero cristiano.

PIZARRO: Le haremos cristiano. Le daremos Francisco por nombre de pila. Francisco como yo, Francisco como aquel santo rodeado de aves. ¿Algo impide que le llamemos Francisco?

VALVERDE: Nada impide y si lo quieres, le daremos tu nombre. Pero no dejará de ser fratricida, usurpador, polígamo, traidor y con todo esto no lo salvaremos.

PIZARRO: Entonces ¿para qué bautizarlo?

VALVERDE: Para salvarle del infierno y de la muerte en la hoguera.

PIZARRO: ¿Qué más le dará si lo matamos?

VALVERDE: Se conservará su cuerpo.

PIZARRO: ¿Qué le importa?

VALVERDE: Para él importa: sus indios, en las mezquitas, conservan el cuerpo de sus antepasados. Se encontró el de Huayna Capac y junto a él, una mujer sentada que con mascarilla de oro en la cara y con un abanico en la mano, tenía el cuidado de impedir que llegasen al cadáver de su señor el polvo y las moscas.

PIZARRO: En todo caso lo mataremos.

VALVERDE: Yo te absuelvo, Pizarro.

PIZARRO: ¿Firmará el acta, Padre?

VALVERDE: La firmaré si tú no la firmas.

PIZARRO: ¿No le importa lo que dirán?

VALVERDE: Dirán que en aquél tiempo y apremio, no quedaba otro remedio.

PIZARRO: ¿No duda nunca, Padre?

VALVERDE: La pregunta no viene al caso. Mejor no dudes tú.

- Así que el acusado confiesa: ser hijo bastardo de Hauyna Cápac,
- haber hecho la guerra a su hermano Huáscar.

- haberse casado con muchas mujeres,
- haber tramado conspiración contra los españoles,

- ser idólatra,

- haber seguido cobrando tributos a sus vasallos después de que entraran los españoles a la tierra

y, lo que es más, haber regalado a sus parientes y otros personajes del reino las cosas que estaban reservadas en los depósitos públicos malgastando así los bienes del imperio...

RECORDANDO

ATAHUALPA: Bien sé lo que sois vosotros y en que andáis. Habéis robado la ropa de los bohíos... No saldré de aquí hasta que me la vuelvan toda... La delantera comenzó a entrar en la plaza de Cajamarca. Venía delante un escuadrón de Indios vestidos de una librea de colores a manera de escaques. Estos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Entraron unos trescientos hombres como mozos de espuelas con sus arcos y flechas en las manos cantando un cantar no nada gracioso para los que oíamos antes espantoso porque parecía cosa infernal. Tras estos venían tres escuadrones. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre ellos venía Atahualpa en una litera aforrada de plumas de papagayos de muchos colores guarnecida de chapas de oro y plata. Lo traían ochenta señores y en hombros, todos vestidos de una librea azul muy rica, y él, vestida su persona muy ricamente, y al cuello, un collar de esmeraldas grandes, y sentado en la litera en una silla muy pequeña con un cojín muy rico....

Toda la guerra que estaba en la plaza le tenían en medio, estando dentro hasta seis o siete mil hombres. Por todo, éramos ciento sesenta de a caballo y cien de a pié...

- ¿Dónde están estos? dijo Atahualpa. No pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra.

El acusado reconoce haber malgastado los bienes del imperio y entregado a parientes cosas que están reservadas en los depósitos del imperio.

Diversas opiniones se escucharon...

- ¡Cállate, escribano del diablo! ¿Quién te paga? ¿Acaso no recibiste tu oro del botín? ¿Qué pretendes con la muerte de Atahualpa? ¡Al arma, compañeros! No permitiremos tal infamia. Hijos de puta es lo que somos todos como Atahualpa, Pizarro y demás... Puros bastardos, metidos a aventureros para derribar y

despojar imperios, hijos de la gran puta que nos parió... Todos fomicamos con cuantas mujeres nos da la real gana. Todos matamos y robamos a quien más hasta que ¿quién no mataría a su hermano por oro? Hemos consentido en la fundición de los ídolos, asientos, vajilla, cántaros y de cuanto no irá a los museos a recordar lo que fue el arte de este imperio. Todos hemos asesinado, robado y despilfarrado así que ¿qué santos somos para condenar a quién vale más que nosotros? ¡Que lo manden al Emperador! El se hará juez o amigo del Inca.

- Traidores... Traidores todos... ¿Cómo podéis dar tal consejo a Pizarro? ¿Cómo podéis dividir a los cristianos por la vida de un pagano sanguinario? ¿Qué somos en lo hondo de estos cerros para dividirnos por defender a quien todavía nos puede aniquilar? Y estas barras de oro que son el fruto de vuestros esfuerzos, ¿las queréis ver sepultadas bajo vuestros cuerpos sin vida? ¿Ya no queréis volver a España cubiertos de oro a desafiar a los que os insultaron por vagabundos? Este indio salvaje, este brujo con plumas, ¿os puede hacer olvidar la Patria lejana? Queréis perderlo todo por un pagano asesino de su hermano y su pueblo. Sois unos traidores y ¡basta de divisiones entre cristianos! Los del capitán Almagro tendrán que conquistar lo suyo. ¡Abráseles camino para tan justo propósito! Y vosotros, volved a España a disfrutar lo bien ganado. ¿Qué opina, Padre?

VALVERDE: Aunque sea prueba de espíritu cristiano el que algunos soldados bien intencionados quieran perdonar la vida a un gran pecador como es Atahualpa, Dios sabrá en su gran misericordia perdonar a quien se equivoque en un pleito tan complejo, creo que para nosotros cuya misión en esta conquista es rescatar almas para el paraíso eterno, creo, digo, que mayor será nuestra unión y mayor será nuestro ejemplo. De manera que, si bien es cierto que Atahualpa cumplió con lo que había prometido dar, sin embargo, sería injusto que pague con bienes temporales sus tan grandes pecados espirituales. Y fallando en este caso, con la ayuda y gracia del Cielo, me parece justo ahorrarle a Atahualpa las llamas de la hoguera bautizándolo y darle así una muerte cristiana de la que se haya hecho acreedor mediante las santas aguas del bautismo. Recemos el Pater Noster para que baje a nuestras almas la gracia del Todopoderoso y nos ilumine en semejante trance.

PATER NOSTER...

PIZARRO: No maté a Atahualpa. Valverde fue quien lo mató. "Si no firmas, firmo yo". "Te absuelvo", me dijo. ¿No es cierto? Es cierto, Pizarro. Te avergonzó Atahualpa con lo de la uña que no supiste leer pero no por eso le hubieras matado. Te pusiste bravo pero no dejaste de ver que era más señor que tú.

¡Cómo te olvidarías de los marranos, que guiabas por tus tierras desoladas! Atahualpa es un rey. Lo llevaban ochenta señores a hombros en su litera de oro. Millares de súbditos le pegaban tributo. Centenares de vasallos de las cuatro partes del mundo le rendían homenaje. Lo venciste a traición por audacia, con tus harapientos soldados condenados a morir y tuviste suerte. No lo mataste tú. Lo mató Valverde, por fe. Lo mató Almagro, por oro. Lo mató Filipillo, por lujuria. Lo mataron otros, por miedo. ¿Quién mató a Atahualpa? Yo no quería que lo mataran. Quería enviarle a España... Esta plaza ya no es lo que fuera,

el ensangrentado y glorioso testimonio de mi victoria imprevista. "Te encomiendo a mis hijos. Son tres.

¿Me prometes ampararlos? Pizarro, ¿me lo prometes?" ...Luego lo agarraron unos dos negros fornidos. Lo sentaron con violencia.

VALVERDE: Yo te bautizo, Francisco Atahualpa. En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo... Amén. Francisco Atahualpa, la ley que acabas de aceptar te condena a morir por tus pecados. Amén.

Un grito de dolor desgarró el silencio aterrador de la plaza. El silencio de los pechos jadeantes que presencian las grandes calamidades de la historia... Fue un grito nunca oído, un grito retumbante con ecos metálicos que parecía nacer de las entrañas de las minas, un grito formidable, porque nunca se había matado, de una vez, a todo un pueblo. Desgarró el silencio de la plaza, retumbó por las cumbres, rebotó en los valles, se deslizó por las playas. No se oyó más que ese grito por todo un continente... Este grito es el que te duele, Pizarro. Con su grito, el Inca te robó la victoria. Y esta plaza ya no huele a lo que olía, a pólvora y a sangre bien mezcladas que te recordaban tu victoria: a cuero, a tertulias, a vino, a tierra mojada, tierra bien conquistada, a sudor, a varón, a sanos apetitos de victoria, de gloria, de botín, de descanso bien merecido. Esta plaza se ha vuelto pestilenta, hedionda, cuando esa cara de tuerto codicioso se asomó por la esquina con sus refuerzos atrasados. Con Almagro entró el odio y aquel grito formidable que tanto te duele empezó a echar raíces en el alma del Inca. Después hubo la visita y el tormento de Calicuchima. "Si yo hubiera estado a tu lado, no estarías cautivo" le dijo el fiel capitán

llevando su fardo en la cabeza para mostrarle respeto. Y hubo la traída de la gran mesa en que descansaba el trono y las chapas de oro con las figuras del sol y de la luna, arrancadas del templo. Y hubo la fundición del tesoro hecho oro, oro en barras, en tejuelas, la diferencia que hay de una mirada enamorada

al ojo entornado de un muerto. Creció el grito. Siguió echando raíces. Entonces le dijeron bastardo, usurpador, fratricida y ladrón lo que era el colmo. El grito creció tanto que el Inca apenas lo podía reprimir. Leyó en tus ojos que no

ampararías a sus hijos, que no son tres sino millones.

PIZARRO: Callad, callad. No quiero oír aquel grito. Ampararé a sus hijos, fuesen tres o diez millones

Les dejaremos sus tierras, les enseñaremos a cultivarlas. Les compraremos sus productos. Levantaremos ciudades con casas de patios floridos y campanarios de tejas vidriadas. Las mozas lucirán sus mejores atuendos, el domingo, para misa, y a la sombra de las alamedas, los galanes les echarán piropos. Tañerán las campanas, como tañen en Badajoz, Medellín o Trujillo, para un pueblo feliz y además redimido. Oigan las campanas. Oigan como repican. Repican a vuelo. Repiquen, repiquen, campanas de bronce pesado, hasta que ya no se oiga aquel grito bárbaro aquel poderoso grito de garganta oprimida.

El garrote consta de un pie derecho al cual se sujeta una argolla a manera de collar. Para cerrar el collar se aprieta un tornillo con una cruceta de aspas grandes que haciendo palanca ahorra tiempo y esfuerzo.

PIZARRO: No aprietes más. ¡Afloja, maldito verdugo! No, no lo matéis. No lo aguanto. No quiero. Dejadle. Dejadle... idos todos... idos... Fuera todos o esta espada acabará con quien se acerque. Y no hagáis preguntas... Ni vos, Padre, ni tú, Almagro. Fuera todos, he dicho. Y todos retrocedieron. Era de ver cómo me tenían miedo. Me quedaba solo con el Inca. A medida que se ensanchaba el círculo, a medida que iban retrocediendo y entrando a sus aposentos, me quedé solo con el Inca-

CORO: Entonces fue cuando Pizarro, en esta plaza desierta, en esta noche sin luna, te acercaste a Atahualpa, le tomaste la mano. Estaba sudando. Le limpiaste el rostro. Sentiste en tus labios el sudor frío de la muerte esparcido en su frente.

Es agrio y helado.

La argolla le cortaba la piel del cuello. Has tratado de aflojar el tomillo. Rechinaba pero no aflojaba. Lo herías más con tus intentos. "¡Qué porquería de aparato!.., decías. Más porfiabas, más le dolía. "Ten paciencia", le decías,

PIZARRO: Ten paciencia.

No aflojaba la tuerca.

PIZARRO: No te enviaré a España. Seguiremos los dos en esta aventura. Gobernaremos los dos. Me enseñarás a entender a tu pueblo. Te enseñaré las artes que hemos descubierto. Haremos un pueblo fuerte, valiente como tú, audaz como yo. Basta de miserias, los dos gobernaremos para que este encuentro de dos mundos sea el mayor logro de la historia.

Pero no aflojaba el tornillo y el collar le hería cada vez más.

PIZARRO: No grites, no grites, te digo. Este grito me enloquece. No grites. Ten piedad de mí. Estoy enloqueciendo. Cállate. Cállate, o te pego. ¿No tendrás piedad de mí? Ya no puedo oírte. Cállate...

...Ya no te oigo. No hablas. No gritas. ¿Estás muerto? ¡Atahualpa, habla, grita!
¡Perro! ¿Has muerto?

Ya bajan los gallinazos. Idos ushcu. Os mataré. No tocaréis su cuerpo. No os acerquéis. Es el cuerpo de vuestro rey. Si fuera vivo, no volaríais sin su permiso. ¿Cómo os atrevéis, siendo muerto? Vigilaré toda la noche. Podéis volar, bajar el vuelo, estrechar el círculo, os golpearé a palos, pájaros de mala muerte.

Saldrá el día, despertarán los Indios y lo llevarán en una litera de oro por leguas y leguas, salvando ríos y montes, hasta que descansa con sus gloriosos antepasados. No, no lo llevéis. Quiero que lo sepultéis aquí.

No, no ahí, donde le han dado muerte... Más allá, donde se detuvo la litera de oro y él se levantó y dijo, soberbio: ¿Dónde están estos? Estábamos escondidos, a la espera. ¡Cómo se enfureció al no vernos! Quiero que lo sepulten ahí mismo donde le puse la mano encima. ¡Qué valor tuve! Esta fue la mayor hazaña de España. Ahí también quiero que me sepulten a mí, porque no repetiré semejante

hazaña. Esta conquista está perdida. Nos vamos a matar unos a otros por gloria; por poder y oro.

¡Ojalá se salve mi cuerpo de los gallinazos! ¡Ojalá dure mi gloria para que me sepulten junto a ti, ahí mismo donde por primera vez te estreché la mano! Tu mano está fría. ¿Por qué no me mato? ¿Por qué no tengo el valor de matarme. Estrechándote la mano. Amanecería y nos encontrarían muertos con las manos rígidas estrechadas para siempre. Sin que nos puedan separar. Tendrían que sepultarnos juntos en un gran ataúd. Allí mismo donde nos desafiamos. Cobarde, soy un cobarde. ¿No habrá quién mate a ese cobarde?

¡Baje un águila, un cóndor de estos montes, a arrancarme el corazón, a despedazarme! Quiero morir con el rey a quien he vencido, quiero morir con un rey, quiero morir como un rey.

ECO: ¿Qué pretendes Pizarro? ¡Quieres morir como un rey! ¡Porque has vencido al rey! La audacia no confiere realeza. No bajará ningún cóndor. Ni cruzará el cielo ningún cometa verdinegro. Nadie te matará. ¿Qué pretendes, Pizarro? Date la muerte, como un villano, si puedes.

PIZARRO: No toquéis ese cuerpo, pájaros de mala muerte. Os apalearé toda la noche. Si es que debe amanecer el sol guardará siglos de luto ante su hijo muerto. Os apalearé durante siglos de noche. Moriré dando golpes en alas de tinieblas, en pescuezos, garras, picos, plumas. Os haré pedazos, aves de mala hora hasta que yo caiga en un montón de pájaros destrozados. Me comerán otros gallinazos bajo las tinieblas de sus alas y habiéndome devorado. saldrá a relucir el sol sobre el intocado cuerpo de su hijo.

Claude Demarigny. Correo electrónico: claudedemarigny@m6net.fr

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Abril de 2003

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar